

PERNOT, Laurent, *La rhétorique dans l'antiquité*, Paris, Librairie General Française (Le Livre de Poche, Références, 553), 351 págs.

Nuevo resumen de historia de retórica antigua

Apenas en 1994, George A. Kennedy había fundido y sintetizado trabajos anteriores suyos en una exhaustiva historia de la retórica clásica.¹ Señalaba ahí que, para un libro de trescientas páginas, sería imposible contener la historia de la cultura greco-romana y la forma como ésta se enseñaba y como se imponía en las sociedades que le dieran vida y vigor, es decir, de la educación. Tras la aparición de la presente obra, me parece que tal empresa ya no sería imposible, si de alguna forma se reunieran tantos esfuerzos aislados. Con esto no quiero decir que los trabajos individuales, como los de Kennedy o Pernot, sean limitados. Pero como resultado de la colaboración y bajo la guía de estudiosos tan fecundos en la materia como ellos, imagino una obra acaso superior. Pernot —para subrayar la autoridad del aquí reseñado— es autor también, por ejemplo, de la *Rhétorique de la conversation* (*Rhetorica*, 11, 4, 1993) y *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romaine* (Paris, 1993) y artículos como “*Periautología*. Problèmes et méthodes de l'éloge de soi-même dans la tradi-

¹ *A New History of Classical Rhetoric*, Princeton, Princeton University Press.

PALABRAS CLAVE: antigüedad, pernot, retórica.

RECEPCIÓN: 28 de marzo de 2003.

ACEPTACIÓN: 28 de abril de 2003.

tion éthique et rhétorique gréco-romaine”, elocuente desde el título mismo.

Al margen de pensamientos apologéticos como éstos, la verdad es que el creciente número de estudios sobre retórica antigua se incrementa sensiblemente con esta edición francesa, cuya riqueza puede apreciarse por la tabla de contenido, que en seguida muestro:

PRÓLOGO, con excursus 1 “Retórica de...” (pp. 5-12).

CAPÍTULO I: “La retórica antes de la retórica”: Homero; del mundo homérico al mundo clásico (pp. 13-23).

CAPÍTULO II: “La revolución sofística”: Los “primeros inventores”; los sofistas; excursus 2, “El acta de nacimiento del nombre *rhêthorikê*²” (pp. 13-23).

CAPÍTULO III: “El movimiento ateniense”: la práctica oratoria; la república de los oradores: realidad y representación; excursus 3, “El canon de los diez oradores áticos”; enseñanza y teoría de la retórica; el problema filosófico y la moral de la retórica (pp. 42-81).

CAPÍTULO IV: “La globalización helenística”: los avances de la técnica retórica; la retórica a la prueba de filosofías; la vida de la elocuencia en países griegos; excursus 4, “La elocuencia política griega no murió en Queronea” (pp. 82-114).

CAPÍTULO V: “Roma, romanidad, romanización”: las condiciones de la retórica romana; los grandes nombres de la retórica romana antes de Cicerón; la conquista de la retórica griega; Cicerón; excursus 5, “El arma del reír”; los contemporáneos de Cicerón (pp. 115-169).

CAPÍTULO VI: “El imperio, o la innovación en la tradición”: ¿decaencia o renacimiento de la retórica?; caracteres generales del periodo; la crítica literaria; arcaísmo y aticismo; la retórica, reina matriz de la enseñanza; los tratados teóricos; el emperador orador; la práctica oratoria y la irresistible ascensión del género epidíctico; los oradores romanos; la segunda sofística; excursus 6, “Elio Aristides, sofista por la gracia de Asclepios”; retórica y literatura (pp. 170-264).

CONCLUSIÓN: “La herencia de la retórica greco-romana”: la conversión de la retórica; del fin de la Antigüedad hasta la época moderna; la retórica greco-romana hoy en día (pp. 265-278).

² Respeté las traslitteraciones del griego como las hizo Pernot.

THESAURUS: "El sistema de la retórica": hitos cronológicos; bibliografía; índice de nombres propios; índice de materias y de nociones; índice de nombres griegos; índice de nombres latinos (pp. 279-349).

PRÓLOGO. Aunque la obra está explícitamente dedicada a los colegas y alumnos del autor (p. 10), éste, aquí, la vuelve recomendable a todo tipo de lectores. Entre las cuestiones etimológicas que a todo mundo complacen, comienza con la definición misma de retórica, "arte de la palabra", y la ya común apología que pretende alejar el concepto de retórica de lo que se ha creído su primer campo de acción (sin que esto se califique de bueno o de malo).³ Al discutir la frase *vis persuadendi*, traduce *vis* por "pouvoir" ("poder"), con preferencia a "ciencia", "arte" o "virtud", lo cual manifiesta no otra cosa que apego al texto quintiliano, pero en todo caso eso es lo que significa *vis*: "fuerza", "poder". Asimismo, en *bene dicendi scientia* descubre la ambigüedad del adverbio *bene*, que puede abarcar la corrección gramatical, la belleza estética, el valor moral y la eficacia práctica del discurso, y considera que ésta es la definición más general y la más amplia (pp. 6-7), no sin ofrecer él mismo la suya: "La retórica es una técnica que apunta a la eficacia, un método de producción de discursos persuasivos fundado sobre un saber-hacer y sobre recetas" (p. 7).

El prólogo se cierra con un excursus bibliográfico acerca de artículos y libros consagrados a la antigüedad que en el título ostenten la frase "la retórica de..."; este excursus, sin duda, es útil y orientador; pero, a pesar de que la lista no pueda ser exhaustiva y de que su propósito sea incluir títulos principalmente en inglés (p. 10), los lectores de lengua española echamos de menos ahí los nombres de nuestros maestros, como: Antonio López Eire, José Vela Tejada, Consuelo Álvarez, con títulos como: "La etimología de ῥήτωρ y los orígenes de la retórica" (1998), "Plutarco (*Solón*, 8) y Aristóteles (*Constitución de los atenienses*, 14.1): retórica y propaganda en la Antigüedad" (1999), "Amor y pasión en los «Fastos» de Ovidio: formas de expresión" (1998).

³ Cfr. George A. Kennedy, *The Art of Rhetoric in the Roman World. 300 b.C.-a.D. 300*, Princeton, Princeton University Press, 1972, p. 3, así como mi estudio *La retórica en la partición oratoria de Cicerón*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Clásicos (Serie didáctica, 12), 1987, p. 11.

EL CAPÍTULO PRIMERO, “La retórica antes de la retórica”, trata acerca de Homero y lo ocurrido a partir de éste “hasta el mundo clásico”. Aquí, aunque prueba que la retórica es materia de enseñanza ya en época homérica, prefiere, sin embargo, concluir de la mano de M. Detienne,⁴ en el sentido de que el uso homérico de la palabra se puede situar entre “palabra mágico-religiosa” y “palabra-diálogo”. Homero —Pernot asevera categórico— no formuló con anticipación las leyes de la retórica, pero planteó, de acuerdo con las concepciones de su tiempo, la importancia de la palabra (pp. 20-21).⁵

EN EL CAPÍTULO II, “La revolución sofística”, se ve quiénes fueron los “primeros inventores” de la retórica: Hermes, Homero, Empédocles y Córax y Tisias, valiéndose de los testimonios de Platón, Aristóteles y Quintiliano. Para mostrar el carácter judicial y democrático de la “nueva invención” que era la retórica, Pernot toma de Sexto Empírico la anécdota del joven que se comprometió a pagar al maestro Córax por sus enseñanzas, a condición de ganar su primer proceso. En el juicio que se llevó a cabo para resolver esto que se convirtió en litigio, Córax argumentó que él debía recibir el salario “ganara o perdiera el juicio”; es decir, simplemente por ganar, o por las condiciones del contrato. Los jueces sintieron que Córax tenía razón. Pero el joven novato se defendió con el mismo argumento: él no debía pagar el salario “perdiera o ganara el juicio”; es decir, simplemente por ganar, o por las condiciones del contrato, si perdía. Los jueces ante la duda dictaron esta sentencia, en palabras de Pernot: “à méchant corbeau, méchante couvée” (“a cuervo malo, polluelo malo”); por “couvée”, o polluelo, el original griego tiene *φόν*, “huevo”; en español se dice: “hijo de tigre, pintito”, “de tal palo tal astilla” o, para el caso, “cría cuervos y te sacarán los ojos”. De hecho, en griego, *Kórax* significa cuervo. Así Pernot vuelve amena la lectura de una materia que en otras épocas y lugares se había considerado “monótona y árida”.⁶

⁴ M. Detienne, *Les maîtres de la vérité dans la Grèce archaïque*, Paris, 1994.

⁵ Contrario a este planteamiento di mi punto de vista en *Noua tellus*, 14, 1997, pp. 9-34.

⁶ Por ejemplo: Nissard, en su traducción *Dialogue sur les partitions oratoires* (1848), Lamarre, en *Histoire de la littérature latine* (1901), así como Barthes, en *La retórica antigua*, 1979.

De los sofistas explica por separado a Gorgias, hace una síntesis de cada una de sus obras, y recordando que Platón había dicho que “los sofistas y los oradores se confunden, confusamente, bajo el mismo dominio, en torno de la misma materia” (*Gorgias*, 465c-520a), concluye haciendo ver la influencia definitiva de la sofística sobre la literatura de la época: sofística y retórica estarán ligadas para siempre en el pensamiento antiguo, a pesar de que la sofística no se reduce a la retórica y que numerosos oradores rechazan el nombre de sofistas (p. 35). También habla de Antifonte y de las fuentes de donde éste toma información, de modo que aun Tucídides forma parte de este capítulo, que cerrará con el excursus 2, o “Acta de nacimiento del nombre *rhétorique*”, elaborado a la luz de textos de Alcidas, *Sobre los autores de discursos escritos* o *Sobre los sofistas*, 2, y de Platón, *Gorgias*, 448d-449a.

EN EL CAPÍTULO III, “El movimiento ateniense”, se explican a grandes rasgos las instituciones que requerían de la actividad retórica (los juzgados, la asamblea, el consejo, los funerales). De Isócrates y Demóstenes, se ofrecen sendas biobibliografías tendientes a comparar a estos dos grandes maestros de la palabra, pues componen los dos corpus más importantes en cantidad y calidad que ilustran la retórica ateniense en toda su extensión. Con el orador, en el verdadero sentido de la palabra (*rhêtôr*), Atenas se erige en modelo de la libertad de expresión, lo que no ocurría con los sofistas, logógrafos y sicofantas (p. 55). Sea verdad o mentira, en este capítulo, Pernot vuelve optimista al lector, haciéndolo creer que las realidades de épocas afortunadas pueden volver, según desprende de Fenelón: “entre los griegos todo dependía del pueblo, y el pueblo dependía de la palabra”.

En el excursus 3, “El canon de los diez oradores áticos”, además de ofrecerse la más reciente bibliografía sobre el tema, se resume la doctrina completa acerca de esta lista de oradores áticos.

Bajo el subtítulo “La enseñanza y teoría de la retórica”, se tratan en breve la *Retórica a Alejandro*, acaso de Anaxímenes de Lampsaco, y la *Retórica* de Aristóteles. Éste se acerca a la retórica con espíritu científico; es decir, la trata como si fuera el campo de la realidad, sobre el cual debe llevarse a cabo una investigación específica, en vista de la constitución de un saber que será puesto en relación con otros saberes. Este campo de la realidad es el del discurso persuasivo, y en conse-

cuencia la retórica será —afirma Pernot—, no el arte de persuadir, como se dice comúnmente, sino de modo más objetivo “la facultad de descubrir especulativamente aquello que, en cada caso, puede ser propio para persuadir” (p. 63), pero ésta, y no la que Pernot llama común, es entre nosotros desde hace tiempo enseñanza imperante,⁷ lo cual, desde luego, aumenta el interés en esta nueva exposición de la retórica en la antigüedad.

Bajo el apartado “El problema filosófico y moral de la retórica” (p. 66), el autor explica la inquietud que se producía ante esta nueva arte que escondía posibilidades de sutileza, de manipulación y de engaño, de donde a la práctica y teoría se agrega la crítica nacida de la desconfianza, cuyo principal representante es Platón, pero, paradójicamente, el pensamiento platónico sobre esta materia será la constante que se imponga en el conjunto de la retórica antigua, ya que Platón hace comprender que la retórica les concierne a los filósofos, y la filosofía a los rétores: instauro el diálogo entre la filosofía y la retórica. Pernot insiste en que hay temas mal apreciados, como es el de la influencia de la filosofía sobre la retórica, pero pienso que esto es inexacto, sobre todo entre estudiosos franceses, ya que en su bibliografía cita varias obras de A. Michel, en su mayoría relativas a esta cuestión, amén de que hay muchos otros estudiosos que ya se han ocupado en este asunto.⁸ Acaso sea un ardid meramente estilístico con pretensiones de exordio, para ganar la benevolencia de los lectores.

EN EL CAPÍTULO IV, “La globalización helenística”, se revisa el periodo que va de la muerte de Alejandro a la instauración del poder de Augusto (323-327, a. C.), nuevamente bajo la bandera de la novedad: “este periodo fue muy rico, contrariamente a lo que se ha creído —error que se debe a lagunas de información—” (p. 82). Entonces la retórica se globalizó, adaptándose al mundo en expansión griego y romano, y se constituyó en sistema, lo cual “es la gran creación del

⁷ Véase, por ejemplo, mi libro *Límites de la retórica clásica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios Clásicos (Serie didáctica, 16), 1995, p. 13.

⁸ Cfr., por ejemplo, Amparo Gaos, *Cicerón y la elocuencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios Clásicos (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 32), 1993, p. 181 y pássim.

mundo helenístico” (p. 83), pues se introdujeron innovaciones importantes sobre la técnica retórica: el estilo, la argumentación, la acción, la memoria y la teoría de los tropos y las figuras, cuya práctica es evidentemente antigua y había sido ilustrada por Gorgias y descrita por Aristóteles; pero gracias a la retórica se da una nueva concepción del estilo, que privilegia a la prosa, se vincula a una reflexión gramatical y lingüística, y presenta aspectos de crítica literaria (pp. 88-89). Durante la época helenística, el principal problema entre filosofía y retórica es saber si ésta merece o no el nombre de “arte” que aquélla le niega, además de la discusión “sobre la utilidad de la retórica frente a la política y sobre los riesgos de mentira y de inmoralidad inherentes al arte de la palabra” (p. 96). En este lugar Pernot vuelve con su voluntad de amenizar la lectura, resumiendo aquel episodio de la historia de Roma cuando los filósofos griegos Carneades, Critolao y Diógenes fueron enviados a Roma como embajadores para solicitar la remisión de una multa. Ante la sorprendente capacidad oratoria de éstos, Catón presionó al senado para que se diera respuesta a la petición lo antes posible, “a fin de que Roma se liberara de tan peligrosos embajadores”, lo cual revela la dimensión retórica de la filosofía (p. 101).

Para no omitir nada que tenga que ver con “la globalización” de la cultura, el apartado “La retórica a prueba de filósofos” termina con un resumen de las tareas de recolección, conservación e interpretación de la literatura que se llevaban a cabo en lugares como Alejandría y Pérgamo.

En el excursus 4, “La elocuencia política griega no murió en Queronea” (p. 104), se citan seis lugares de Louis Robert, para demostrar que después de la victoria de Filipo de Macedonia en Queronea, la ciudad griega continuó siendo “un modo de organización política vivo y activo en el mundo griego en la época helenística”. Se da a conocer la reseña que C. W. Wooten⁹ hizo de unos cuarenta oradores griegos de este mismo periodo.

Para cerrar el capítulo, a partir de J. Bousquet,¹⁰ se habla acerca de los discursos de embajada; a partir de Y. Grandjean,¹¹ acerca de la

⁹ *A Rhetorical and Historical Study of Hellenistic Oratory*, Chapell Hill, 1972 (tesis inédita, difundida en microfilm, y publicada en partes en *Quarterly Journal of Speech*, 1973; *American Journal of Philology*, 1974, y *Revue des études grecques*, 1975).

¹⁰ *Revue des études grecques*, 101, 1998, pp. 12-53.

¹¹ *Une nouvelle arétalogie d'Isis à Maronée*, Leyde, 1975.

aretalogía, o relato de acciones milagrosas de dioses, y a partir de Cicerón, de Rutilio Lupo y de Séneca el Rétor, se explica la noción de estilo “asianista”, severamente castigado en su época, pero que nosotros podríamos ver como “interesante”, porque se muestra “virtuoso, teatral, barroco, incluso rococó, en consonancia con las corrientes artísticas de su época” (pp. 107-114).

EN EL CAPÍTULO V, “Roma, romanidad, romanización”, sucede lo inevitable: Pernot convierte a Cicerón en el eje de la retórica romana.

Bajo el subtítulo “Las condiciones de la retórica romana” (p. 116), se ve cómo los romanos, a diferencia de los griegos, no tuvieron modelos literarios en sus orígenes, sino oradores que hablaban con peso (*gravitas*) y autoridad (*auctoritas*), elementos esenciales del discurso romano, como los que manifiestan Apio Claudio, Escipión Nasica, Escipión Emiliano. Aquí, el autor explica el valor religioso y de autoridad de los verbos que significan “decir”, *fari* y *dicere*; habla de la educación como fundamento de la oratoria; del senado y del pueblo, como los dos principales tipos de auditorio; de las asambleas, de los comicios, de los jurados, de los tribunales, del *patronus*, de todos los aspectos de la vida política que exigían la maestría de la palabra; asimismo da cuenta de las *laudationes*, que constituyen los primeros monumentos de la elocuencia romana.

En el inciso “Los grandes nombres de la retórica romana antes de Cicerón” (p. 128), se cuenta la anécdota del primer discurso importante de la historia romana, es decir, “el apólogo de los miembros y del estómago”, con que Menenio Agripa aplacó la cólera de la plebe amotinada en el monte Sacro; habla de Apio Claudio Ciego y el discurso que pronunció en el senado contra la paz de Pirro; de Catón el Antiguo, el primer orador romano que publica sus discursos y primer teórico romano de la retórica, y explica sus famosas frases: *orator est, Marce fili, uir bonus, dicendi peritus, y rem tene, uerba sequentur*. En esta relación entran los hermanos Graco: Tiberio Claudio y Cayo Claudio, cuya “retórica revolucionaria” suscita, por reacción, un renacimiento de la retórica de los *boni*, con la aparición de Marco Antonio y Lucio Licinio Craso, ejemplos típicos y eminentes de oradores romanos, lo cual implica haber realizado completa la carrera de los honores y haber sido grandes *patroni*.

En “La conquista de la retórica griega” (p. 134), se ponen al centro de la discusión los conocidos versos de Horacio: “la Grecia conquistada conquistó a su fiero vencedor, y artes llevó al agreste Lacio” (*Epístolas*, II, 1, 156-157: *Graecia capta ferum uictorem cepit et artes / intulit agresti Latio*), que normalmente nos llevan a pensar en la inevitable helenización. Pero se advierte que Roma al mismo tiempo que sometió por las armas la cuenca del Mediterráneo, también conquistó los tesoros de la ciencia y de la inteligencia existentes en el mundo helenófono.¹² No se puede hoy considerar que los romanos fueran simples traductores serviles de textos griegos; es necesario, insiste Pernot, imaginarlos como aristócratas refinados, bilingües, fastuosos y crueles, que tomaban posesión de la retórica y de los rétores griegos, y se hacían de instrumentos suplementarios para dominar el mundo; es necesario imaginarlos como pensadores que daban un camino nuevo a los conceptos griegos. Así se entenderá mejor el intenso flujo de educandos romanos hacia Atenas, Asia Menor o Rodas, y de filósofos y rétores griegos hacia Roma o Italia en general. La conquista no fue sin resistencia; pero ésta no provino de la presa sino del cazador: a los ojos de los aristócratas, esta arte, por una parte, representaba un peligro, pues, por definición, era extraña a la tradición nacional romana, y era sin duda instrumento de promoción de los populares; y, por otra parte, necesitaba la creación de un nuevo vocabulario, de una retórica en lengua latina, que bien puede ser la *Retórica a Herenio*, testimonio completo y acabado sobre la aclimatación de la retórica griega en Roma a principios del siglo I a. C.

Inciso aparte mereció Cicerón: nacimiento, educación, carrera profesional y política, y desde luego su producción escrita (pp. 142-166). Del vasto corpus de discursos ciceronianos, se destacan tres como particularmente importantes: *Verrinas*, *Catilinarias* y *Filípicas*, de donde concluye que los factores del genio oratorio de Cicerón son: su lengua admirable y llevada a plenitud; gran fuerza en la argumentación, amplios conocimientos jurídicos; una mezcla de rigor, patética e inspiración mordaz; libertad de construcción y capacidad de librarse de las reglas. Cicerón, a través de sus discursos, defendió un ideal político que puede llamarse conservador, y republicano, y tendía a favorecer a los ciudadanos «buenos» (*boni, optimates*), es decir, a los

¹² La palabra *hellenophono*, “helenófono”, es probablemente creación de Pernot.

senadores, y, siguiendo una base sociológica un poco amplia, a los caballeros, a los ricos propietarios, a los notables de los municipios.

Otros temas aquí tratados son: Cicerón profesor (*enseignant*), aunque se aportan pocas pruebas de ello; Cicerón teórico del arte oratoria en general y de su propia práctica. Merecieron explicación detenida, aunque breve, el tratado *De la invención* (comparado con la *Retórica a Herenio*), *Acerca del orador*,¹³ el *Bruto* y *El orador*.

En los libros *Acerca del orador* se recuerda con melancolía a los desaparecidos, pero también se reflexiona sobre el presente a través del pasado (p. 153). En ellos se averigua por primera vez si la retórica es una técnica sin contenido, un ensamble de recetas aplicables a voluntad a todo asunto, o si es una arte completa, que mete en juego todas las cualidades de la persona, que supone, a través de la expresión, sensatez y sabiduría, y que ejerce su eficacia persuasiva apoyándose sobre valores. Además, se implica que la retórica es un instrumento de reflexión sobre el fondo de las cosas, de donde se deduce que la filosofía es elemento esencial en la cultura general del orador.

El orador y el *Bruto* son respuesta al desarrollo del aticismo (neoticismo); el primero se eleva contra una concepción estrecha y monocroma de la prosa oratoria; teoriza la concepción amplia, rica y casi musical en ciertos aspectos, como fue la suya. El *Bruto*, además de inestimable fuente de información, es “un himno a la gloria de la retórica” (p. 159).

(Aparte, debo decir que Pernot, como la mayoría de los historiadores de la literatura latina, mira con menor precio (por no decir con menosprecio) los tratados *Del género óptimo de oradores*, *División del arte oratoria* (o *De la partición oratoria*) y *Tópicos*: solamente los enumera y los llama pequeños tratados (“trois petits traités”). Me parece infundado e indebido el ya tradicional desdén que pesa sobre estos libros, pues en ellos se encierran grandes lecciones; por ejemplo, la tan en boga hoy en día de hermenéutica (*División del arte oratoria*, 132-138), o de filosofía, que es, haciéndome eco del mismo Pernot a este respecto, elemento esencial en la cultura general del orador, que puede probarse en cualquier punto de los *Tópicos*).

¹³ *De l'orateur*, en la traducción de Pernot.

En el afán de relacionarlo todo con la retórica, tras Hayden White y R. Carpenter,¹⁴ Pernot ve la historia como un género literario o retórico (p. 160). Acaso así pudiera ser; pero lo contradice Cicerón, precisamente en el *Bruto*, una de sus obras retóricas que aquí se comentan, cuando dice, a propósito de imitar al historiador Tucídides:

Muy bien si pensáis escribir historia, no si decir causas. Pues Tucídides también fue narrador de hazañas sincero y grande; no trató este género forense, controversial, judicial. Empero, las oraciones que interpuso, pues son muchas, yo suelo alabarlas, y no podría imitarlas, si quisiera, y tal vez no querría, si pudiera.¹⁵

Otro tema sobre el que Cicerón reflexionó es el de la conversación, o diálogo, que “permite presentar opiniones múltiples y buscar la verdad sin dogmatismo” (pp. 160-161).

Antes de terminar este apartado, Pernot apunta dos cuestiones sumamente importantes: la noción de elocuencia y el binomio retórica y libertad. Por lo que respecta a la primera, me hubiera gustado ver citado aquí el libro *Cicerón y la elocuencia*,¹⁶ donde su autora, Amparo Gaos Schmidt, examinando detenidamente esta cuestión, funda en la razón la fuente de la política, elocuencia y literatura ciceronianas. Al hablar del binomio retórica y libertad, hace ver que Cicerón encomia la retórica “como modelo de civilización y como medio de hacer prevalecer el derecho sobre la fuerza” (p. 162). Esta reflexión, está demás decirlo, es oportuna y necesaria en estos días por todos los rincones del Planeta, y ella, por sí misma, da valor al libro entero de Pernot, ya que significa que la retórica constituye ya no una curiosidad meramente histórica o literaria o genéricamente cultural, sino un medio educativo cuya eficacia ha sido ampliamente probada a través de los siglos, y esto, solo, justifica y exige el estudio y difusión de las enseñanzas de la retórica antigua.

¹⁴ *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, 1987; *History as Rhetoric. Style, Narrative and Persuasion*, Columbia, 1995. Además, Pernot advierte que esta problemática ya fue examinada por Ricœur en *Temps et récit*, Paris, 1983-1985.

¹⁵ Cic., *Brut.*, 287.

¹⁶ Véase la nota 8.

El excursus 5, "El arma del reír" (p. 162), prácticamente es extensión del tema sobre Cicerón, quien, además de practicarlo, estudió este medio psicológico de persuasión, en particular en *Acerca del orador*, II, 216-290. Pernot supone que aquél hizo reír, relajando el ambiente (*Por Milón*, 28), con elogios irónicos (*Sobre la ley agraria*, II, 20), jugando con el nombre del adversario (*Verrinas*, pássim), con juegos de palabras (*Filípicas*, III, 22; *Sobre la respuesta de los arúspices*, 44), con burlas (*Sobre la ley agraria*, II, 13; *Por Murena*, en general).

El último apartado, "Los contemporáneos de Cicerón" (p. 167), más bien debiera llamarse "Retórica femenina" o "Las mujeres en la retórica", ya que aquí solamente se mencionan, y muy de carrera, Hortensio, Pompeyo, César, Catón el Joven, Calvo, Bruto y Cayo Asinio Polión; pero se explica más ampliamente la retórica femenina en la antigüedad, a través de un ejemplo: el discurso, no conservado, con que Hortensia, en 42, a. C., hizo anular un impuesto que los triunviros habían decretado contra 1400 matronas romanas. Acaso en este apartado pudieran haberse citado al menos los párrafos 239 y siguientes del *Bruto*, pues ahí Cicerón mismo hace mención de otros contemporáneos suyos.

Pernot concluye con este resumen: la teoría retórica se enriqueció y se sistematizó, la práctica de la elocuencia se experimentó en contextos políticos varios y nuevos, el gusto evolucionó, Grecia y Roma se encontraron.

En el CAPÍTULO VI, "El imperio, o la innovación en la tradición", se averigua qué espacio se abre a la retórica bajo el sistema autoritario que, con el nombre de principado, representa el régimen monárquico imperial.

Bajo el primer subtítulo, "¿Decadencia o renacimiento de la retórica?" (p. 171), se ve cómo Tácito, Petronio, los dos Sénecas, Quintiliano y el Pseudo Longino, basados en la desaparición de genios oratorios a causa del fin de la libertad y ausencia de la democracia, por comparación con la república, sostenían que la retórica estaba en decadencia; en cambio, Dionisio de Halicarnaso creía que aquella renacía gracias a que el imperio era el resultado de un proceso de conquista. Pernot considera error juzgar la retórica de la época imperial únicamente por comparación con la precedente y sin ver las características del nuevo periodo. Tomando en cuenta que aún quedaban los procesos

públicos y las asambleas delante del emperador, que demandaban “hombres ardientes dotados a la vez de atrevimiento y de inteligencia”, llega a la conclusión de que no se debe hablar ni de decadencia ni de renacimiento, sino de un “redespliegue” de la retórica, en el nuevo contexto a que sus contemporáneos estaban acostumbrados, es decir: las apariencias de formas republicanas bajo Augusto, la tiranía de Domiciano, apogeo con los Antoninos, la anarquía militar del siglo III, la recuperación de la administración por Diocleciano (“Caracteres generales del periodo”, p. 177). Desde luego, debo subrayar esta nueva explicación acerca de la retórica en el Imperio, porque muestra un punto de vista más objetivo sobre su necesidad y función efectiva en esa época, y no se alinea ni en el partido encabezado por Tácito ni en el de Dionisio de Halicarnaso.

En “La crítica literaria” (p. 179), se examina la relación que hay entre ésta y la retórica, y, a grandes rasgos, la existencia de comentarios antiguos sobre los oradores áticos, sobre Cicerón, sobre la retórica de Homero o Demóstenes, y de modo especial la obra de Dionisio de Halicarnaso, y el Pseudo Longino y su *De lo sublime*. Lo sublime es superior a la simple persuasión, desdeña la exactitud y la corrección, va más allá de la condición humana, y se alcanza mediante pensamientos elevados, pasiones, figuras, tropos y la composición de las palabras, todo sobre la base de una gran nobleza.

En “Arcaísmo y aticismo” del siglo II d. C. (p. 188), se definen estas dos tendencias: la primera, en el mundo romano, refleja el gusto sobre todo por viejos modelos como Enio, Plauto, Lucrecio, Catón o incluso Cicerón. El aticismo, propio del mundo griego, consistía en hablar y escribir según Platón o Demóstenes: una lengua literaria, de cultura.

En “La retórica, reina matriz de la enseñanza” (p. 192), se muestra a grandes rasgos este esquema educativo: primaria, lectura y escritura; secundaria, gramática; superior, retórica, al lado de la filosofía o la medicina. La retórica, que formaba abogados y funcionarios públicos, estaba constituida por los ejercicios preparatorios (*progumnasmata*, o *praeexercitamenta*) y por la declamación (*meleté* o *declamatio*), que tenían como objetivo la formación lingüística, literaria y moral de los jóvenes. Conocemos los ejercicios preparatorios latinos por Quintiliano y Suetonio, y los griegos por Elio Teón y Hermógenes o Pseudo-Hermógenes. Y otra vez, en su afán de amenizar la lectura, Pernot presenta, en breve, los diez ejercicios de Teón, y explica una “imagen”

donde Marco Aurelio se representa como una isla protegida por otra, Isquia, que a su vez representaba a Antonino. Se ve el carácter moralizante de la retórica, dice el autor, “en particular en los primeros ejercicios” (p. 199).

“La declamación” (p. 201), género imperante en la época imperial, es un discurso ficticio, con apariencia de real, destinado a la preparación de los oradores. Las declamaciones podían ser judiciales, o controversias; y deliberativas, o suasorias; las epidícticas fueron muy raras. Autores representativos: en la antigüedad, Gorgias; en el Imperio, Séneca el Rétor y el griego Elio Arístides. Se pone énfasis en la violencia de las situaciones ficticias que evoca la obra *De Rasgos, divisiones y colores de oradores y rétores*, de Séneca (201-203): mujeres violadas, hijos desheredados, raptos, envenenamientos, mutilaciones, madrastras, tiranos, parricidas. Y para más entusiasmar al lector, dos ejemplos: uno acerca de un hombre que sedujo a dos mujeres la misma noche, ante la existencia de una ley que ordena que la mujer seducida escoja que el seductor sea ejecutado o que la despose sin dote; en el segundo ejemplo, Cicerón delibera si quema sus obras, tras la promesa de Antonio de perdonarle la vida si lo hace. A diferencia de las declamaciones de Séneca, que son ficticias, las de Elio Arístides intentan reconstruir la historia a partir de fuentes fidedignas; su estilo estrictamente aticista lleva incluso a confundir a los filólogos, que no precisan si el discurso *Sobre la constitución*, atribuido a Herodas Ático, es del siglo II a. C., o del V d. C. También deben recordarse las declamaciones latinas de Quintiliano y de Calpurnio Flaco, y las griegas de Luciano. Acaso lo más importante en este asunto es recordar que el orador que solamente declamaba corría el riesgo de olvidar las exigencias de la persuasión verdadera, perder de vista las realidades del foro, de los tribunales, del consejo y de la asamblea; componer obras de arte con fin en sí mismas, complacerse en las sutilezas y búsqueda de originalidad en detrimento de los medios simples de la persuasión (p. 205), pero, como sea, las declamaciones eran portadoras de una ideología que se inculcaba a los estudiantes, constituían el teatro de una comedia humana en que se representaban problemas reales y sugerían los medios para interpretarlos o corregirlos.

“Los tratados teóricos” (pp. 208) se dividen en: ejercicios preparatorios: Teón (s. I) y Hermógenes o Pseudo-Hermógenes (s. II-III); cursos completos de retórica: Quintiliano (s. I), Rufo (s. II), Anónimo

Segueriano (ss. II-III), Apsines (s. III) y Casio Longino (s. III); de estilo: Pseudo-Elio Aristides (s. II) y Hermógenes, Rutilio Lupo (s. I), Alejandro hijo de Numenio (s. II), Águila Romano (s. III) y Tiberio (ss. III-IV); epidícticos: Alejandro hijo de Numenio (s. II), Pseudo-Dionisio de Halicarnaso (s. III), Menandro el Rétor (s. III). Mención aparte merecieron Apolodoro de Pérgamo y Teodoro de Gadara (s. I a. C.), maestros de elocuencia de Augusto y Tiberio.

“La *Institución oratoria* de Quintiliano” (p. 210). Pernot advierte que la traducción francesa “institution oratoire” es calco tradicional de *Institutio oratoria*, y como mejor opción sugiere “la educación del orador”. Tras ofrecer el contenido de la obra, hace aparecer a Quintiliano como el gran pensador y teórico que logró forjar una idea del arte oratoria ligada a la cultura y a la moral, y que ve en la retórica la formación completa del hombre y del ciudadano, ideal ciceroniano que adopta y prolonga a su manera. Quintiliano es uno de los inspiradores de la enseñanza de las humanidades en occidente.

“El corpus hermogeniano” (p. 215). Hermógenes, cuya vida se halla en *Vidas de sofistas* de Filóstrato, escribió una *Tekhnê* compuesta por: *Ejercicios preparatorios (Progumnasmata)*, *Los estados de causa (Peritôn staseôn)*, *La invención (Peri heurseôs)*, *Las formas del discurso (Peri ideôn logou)*, *El método de la habilidad (Peri methodou deino-têtos)*. Solamente no habla de la memoria. Para Pernot, *Las formas del discurso* (entiéndase “formas de estilo”) es el trabajo hermogeniano más interesante, pues en éste la retórica afirma su doble vocación: la teoría crítica y el arte productiva. Cada forma, o cualidad estilística (claridad, grandeza, belleza, vivacidad, carácter, sinceridad, habilidad), se forma a partir de ocho elementos, o medios (pensamiento, método, expresión, figura, miembro de frase, arreglo de las palabras, pausa, ritmo). Este sistema constituye, por un lado, un enriquecimiento notable con respecto de las cuatro cualidades que Teofrasto había enumerado: corrección, claridad, conveniencia y ornamentación (pp. 85 y 219), y, por otro, una síntesis y ahondamiento en el dominio del análisis estilístico. El estudio del estilo según Hermógenes puede compararse con una suerte de análisis químico que aísla los elementos primarios (ideas), define las leyes y las proporciones de sus combinaciones y clasifica los compuestos (los textos) obtenidos de esas combinaciones.

En “El emperador orador” (pp. 221), se prueba que el emperador es el orador por excelencia, no salido del pueblo y a su servicio como el

ateniense. Se trata de una retórica superior, cuasidivinizada, que hace el bien desde arriba. Augusto fue discípulo de Apolodoro. Claudio, de quien se conserva un discurso grabado en bronce, fue considerado por Séneca “el consolador universal de hombres”. Nerón fue criticado por su falta de elocuencia. Las cualidades oratorias de Calígula fueron reconocidas por Flavio Josefo; las de Trajano, por Plinio el Joven. Elio Arístides afirma que Marco Aurelio y Cómodo en ocasión de un terremoto consolaron a la ciudad “con hechos y con palabras” como convenía al arte de reinar. Esta elocuencia inspira temor, concilia el amor, apaga la impudencia, alienta la virtud, confunde los vicios, apacigua, instruye, consuela.

En “La práctica oratoria y la irresistible ascensión del género epidíctico” (p. 224), Plinio el Joven es testigo de los muchos procesos judiciales que se daban durante los siglos I y II d. C., en varios de los cuales él participó como abogado. Filóstrato, en *Vidas de sofistas*, constata que los oradores griegos de la época imperial desplegaron una importante y lucrativa actividad judicial. La *Apología* de Apuleyo, que se verá en el siguiente apartado, se clasifica aquí entre las obras epidícticas más importantes. Se muestra que la retórica no es menor sino diferente. Se explican los *Discursos bitinianos* de Dión de Prusa, al que luego se volverá bajo el apartado “La segunda sofística”. La definición de “El género epidíctico” (p. 230) en sí, se hace mediante la presentación de los tratados de Menandro el Rétor: *División de discursos epidícticos* y *Sobre los discursos epidícticos*, que son los que mejor describen el fenómeno del elogio, creación de la época imperial. El primero contempla la materia desde un punto de vista filosófico, y el segundo con un espíritu más práctico y concreto; de donde tenemos hasta 20 clases de elogio, dependiendo de su objeto: emperador, *basilikos*; viaje, *epibatêrios*; invitación, *klêtikos*; despedida, *suntaktikos*; matrimonio, *epithalamios*; funerales, *epitaphios*; aniversario, *gene-thliakos*, etcétera.

Entre “Los oradores romanos” (p. 238) del principado figuran Casio Severo, Cneo Domicio Áfer, los esposos de Turia y Murdia, Plinio el Joven, Frontón, Apuleyo y once oradores galos de entre 289 y 389, incluidos en los *Panegíricos latinos*, escritos bajo un sistema político preciso y ricos en información histórica gálica. Inexplicablemente se excluye a Tácito de esta lista.

De “La segunda sofística” (p. 244), o “sofistas recientes”, o “con-

temporáneos”, o “nuevos”, la mejor fuente son las *Vidas de sofistas* de Filóstrato (170-240, a. C.). Aquí, con ejemplos, como el de Escopeliano, que fuera enviado ante Domiciano para defender los intereses vinícolas de sus compatriotas, Pernot muestra que la retórica de esta segunda generación de sofistas era un instrumento de influencia en la vida política y social: una forma de poder basado en la lengua, la literatura, la historia, la cultura, la filosofía. El reencuentro entre retórica y filosofía puede verse en Dión de Prusa, Favorino de Arles (hermafrodito, a causa de una enfermedad de nacimiento), Luciano de Samosata y Casio Longino.

En el Excursus 6, “Elio Arístides, sofista por la gracia de Asclepios” (p. 254), se hace una síntesis biobibliográfica de este sabio de la segunda sofística. Pernot considera que su vida y obra resumen los principales tratados de la retórica de la época, agregándoles una dimensión de complejidad psicológica y religiosa. “Por la gracia de Asclepios” significa que Arístides consideraba que sus progresos en la retórica se debían al comercio que ejercía con el dios.

En “Retórica y literatura” (p. 257), para cerrar este que es el último capítulo, Pernot sugiere, contra ciertos críticos, que la “literaturización” de la retórica tiene como contrario la “retorización” de la literatura, y aduce a Ovidio como la máxima prueba, sin omitir a Séneca, Virgilio, Lucano, Estacio y Juvenal, ni a los historiadores, ni a los filósofos.¹⁷ Hace ver asimismo la relación que guarda la retórica con los géneros de la *consolatio*, o *paramuthia*, o *parêgoria*. Muestra, en una palabra, la interrelación de la retórica con las demás ciencias.

De la “Conclusión: la herencia de la retórica greco-romana” (pp. 265-278), quiero rescatar este pensamiento: la retórica antigua fue factor de libertad para los individuos: incrementaba la fuerza de su espíritu, y mejoraba su naturaleza. Los estudiantes aprendían a valerse de su inteligencia, personalidad y cuerpo; a defender sus puntos de vista y comunicar sus ideas, y a librarse del determinismo de opiniones hechas y de situaciones ya juzgadas.

¹⁷ Respecto a la interrelación de la retórica con la filosofía, cabe recordar aquí al menos esta nota bibliográfica mexicana: José Quiñones Melgoza, “Ovidio y la práctica de la retórica”, *Acta poetica*, 14-15, 1993-1994, pp. 105-115, y Patricia Villaseñor Cuspina, “La *inventio* en las Silvas de Estacio”, *Nova tellus*, 14, pp. 193-227.

En “La conversión de la retórica” (p. 267) —título que no debiera formar parte de la conclusión, sino del cuerpo de la obra—, con toda objetividad Pernot muestra que el cristianismo trae consigo una retórica nueva, con un mensaje nuevo, entre gente que no sabía hablar con reglas, y considera a Paulo entre los grandes oradores de la antigüedad. Con la aparición de esta nueva retórica, la precedente, el modelo, recibirá el calificativo de “pagana”. La época más brillante de la retórica se da con la aparición de los Padres de la Iglesia y con la que se ha dado en llamar “la tercera sofística”, con Libanio, Himerio, Temistio, Juliano, Aftonio, Símaco, Cayo Victorino; los cristianos: Eusebio de Cesárea, Gregorio Nacianceno (el Demóstenes cristiano), Juan Crisóstomo, Lactancio (el Cicerón cristiano), y luego Agustín.

Para terminar con las conclusiones, Pernot menciona lo más rápidamente que puede a Hermógenes, Boecio, Marciano Capella, Casiodoro, Isidoro de Sevilla, Nietzsche, Péguy, Malreaux; y, bajo “La retórica greco-romana hoy” (p. 275), a Roland Barthes, Gérard Genette, Grupo μ , Paul Ricœur, Chaïm Perelman, L. Olbrechts-Tyteca, Perelman, Marc Fumaroli, Jean-Denis Bredin, Thierry Lévy, Gilbert Collard, catálogo, como tal, aunque incompleto, interesante, por la invitación a continuar en el estudio de la retórica antigua, ya que ésta no ha sido aún traducida ni explicada en su totalidad, y a abrir nuevas perspectivas en este campo de estudio. No hay que olvidar que la retórica antigua propone una metodología de análisis siempre vigente, y permite un original enfoque de la antigüedad, cada vez que se emprende.

El “Thesaurus: el sistema de la retórica” (p. 279) es sumamente útil. A partir de él los profesores pueden elaborar sus programas de retórica, ya que consta de listas que conforman el sistema de la retórica antigua: “Lista de abreviaciones”, con los nombres de los rétores; “Divisiones generales del arte retórica”: partes de la retórica, deberes del orador y fuentes de la competencia oratoria; “Tipos de discurso”: ejercicios preparatorios, las dos clases de cuestión, los géneros de discurso retórico y la declamación; “Plan y partes del discurso”: sus partes, las funciones del exordio, cualidades de la narración, categorías de pruebas y funciones de la peroración; “Lugares relativos a la argumentación del discurso”: circunstancias, lugares generales, rúbricas relativas a los fines, estados de la causa y lugares del elogio; “Estilo”: sus virtudes, géneros, formas, tropos, figuras de pensamiento y de

elocución; “Acción oratoria”. Además, unos “Hitos cronológicos” que van desde el siglo VIII a. C., con Homero, hasta el III d. C., con Casio Longino y los *Panegíricos latinos*. Después viene la bibliografía, amplísima y dividida por temas, e índices de nombres propios, de materias y de nociones, de nombres griegos y de nombres latinos, sin omitir la tabla de contenido.

Aquí termina el libro. Pequeño, de apenas 351 páginas. Grande, abarca toda la antigüedad retórica. Simple, no amplifica teorías, sino las explica. Complejo a veces, provoca búsquedas en sí mismo. Lleno de entusiasmo, pues sumerge al lector en un mundo que no siempre fue considerado propiamente ameno.

Estoy de acuerdo con Pernot: la antigüedad probó la retórica como método de educación, como instrumento de dominio de la lengua, como arte de persuadir, como fuerza de cultura y de belleza. Todas estas atribuciones siguen siendo motivos vigentes para volver los ojos a esa ciencia, que tanto provecho haría en la actualidad si se rescatara como fue, es decir, como factor de libertad, incremento de fuerza espiritual y mejoramiento de la naturaleza; enseñanza para usar la inteligencia, personalidad y cuerpo, para defender puntos de vista y comunicar ideas, y para librarse del determinismo de opiniones hechas y de situaciones ya juzgadas. Con este importantísimo pensamiento, Pernot inicia el capítulo de sus conclusiones, y con el mismo termino yo esta reseña que intitulé “resumen de historia de retórica antigua”.

Bulmaro E. REYES CORIA

